

Milton Rossel

## Tránsito de Gabriela Mistral <sup>(1)</sup>



O sé por qué misterios de la naturaleza la ciudad de La Serena y los pueblos aledaños, han tenido la virtud singular de dar espíritus superiores que en la expresión literaria, filosófica, educativa y política han volcado sus emociones y sapiencias en palabras que se amplifican hasta alcanzar resonancia universal.

Cada uno de esos espíritus es como un hito solitario que marca por sí solo una etapa en las más variadas creaciones del sentimiento y de la inteligencia. Tan recia y definida es la personalidad de ellos, que sus nombres constituyen valores eminentes, bajo cuya égida se encaminan los que les siguen con ánimo admirativo.

---

(1) Discurso pronunciado a nombre de la Universidad de Chile, en la inauguración de la Escuela de Temporada que funcionó en La Serena, últimamente.

Basta llegar a esta ciudad, tan plácida que si no tuviese el nombre que le puso su fundador, la rebautizaríamos La Serena—recostada en el valle contemplando soñadora las perspectivas del mar oceánico—para luego evocar aquellas personalidades que la historian como a ninguna otra del país.

En mi ya remota adolescencia, don Marcial Martínez destacaba actitudes de político de formación británica, por su cultura de honda raíz humanista y por su humor que no se detuvo ante la histriónica prepotencia del primero de los Roosevelt.

En la adolescencia manifestada con todas las características de contradictorias inquietudes propias de esa etapa del vivir, don Enrique Molina fué el profesor, el amigo y el maestro. Erguido entonces como ahora, pluma en ristre, creó la Universidad de Concepción; y sus libros se suceden sin que los ochenta años pesen sobre él. Ayer fué Bergson y Guyau y hoy es Nietzsche quienes le preocupan en su afán recreador de extraer las esencias filosóficas de éstos para revelar lo transitorio y permanente que ellas contienen.

Y al evocar al Rector y profesor del viejo Liceo de Concepción, cómo no mencionar a don Carlos Soto Ayala, mi profesor de castellano—serenense también—quien en un estudio de mocedad fué el primero en dar a conocer a Gabriela Mistral, la cual, en un gesto de inocencia juvenil, le confesó su vargavilismo, que tanto han explotado críticos regateadores del talento de la poetisa.

Apenas traspuesta la adolescencia, don Carlos Mondaca fué el jefe y amigo en las oficinas de la Universidad de Chile. Allí lo vimos intencionalmente disminuído en su modestia, diligente y agudo como pocos, ocultando su condición sentimental tan patéticamente expresada en su Elegía «A la madre».

Hermanado poéticamente con el autor de «Recogimiento», figura otro poeta serenense, Manuel Magallanes Moure, cuyos versos asordinaos como tonos desvaídos de lentos atardeceres, penetran sutilmente en las almas, sin que ningún frenesí lírico altere la diafanidad del sentimiento.

Contrastando con ambos, el profesor y poeta don Julio Vicuña Cifuentes destaca su personalidad de filólogo, subrayada con su poesía de versos contenidos, en que felizmente su academicismo se diluye en el tono zumbón y sentimental del hombre que se resistía a envejecer y que siempre tenía a flor de labio el epigrama galante del que sabe gustar los goces del vivir en plenitud.

Don Julio Montebruno, catedrático y director del Instituto Pedagógico, con su prosapia de serenense auténtico, exhibía la cultura de un personaje del Renacimiento, gustador del arte clásico y viajero de los horizontes culturales sin límites.

Julio Munizaga Ossandón, elquino, signado bajo los mejores auspicios en los mismos Juegos Florales que consagraron a su conterránea Gabriela Mistral, re-

vivió en sus versos de suaves cadencias la sentimentalidad dolorida de un alma prematuramente agostada.

Tampoco podemos olvidar a los hermanos Silva Endeiza, al poeta Víctor Domingo, el de los versos de rotundas sonoridades ciudadanas y de nostálgicas evocaciones peninsulares; el periodista Hugo, tan artista que cada página suya parece hecha, no para el efímero vivir periodístico, sino para seleccionarla por su belleza formal y por su valor intrínseco perdurables; y Jorge Gustavo, poeta y periodista, de pluma dinámica y de versos fáciles.

¿Están todos los ilustres serenenses en este rápido viaje por el alma de su historia inmediata? ¡Cuántas omisiones seguramente habrá! He querido deliberadamente finalizar este recuento con el nombre de un poeta, por estar vivo en el corazón de los chilenos, en especial de los de estas tierras, que la vieron nacer, crecer y consagrar, nos preside emocionalmente con su mensaje de la más pura y original cordialidad poética, abrazando en su verbo a cuantos caen bajo el hechizo de su corazón inspirador.

Gabriela Mistral. Su nombre es ya un verso. Su vida un poema. Su alma la de las tierras del valle de Elqui, con todas las alternativas violentas de la naturaleza que aun parece no aquietar su fuerza primitiva, con ese misterio no revelado de lo telúrico inexplicable. La conocemos en su carnadura real. Mas, su hermetismo nos impide adentrar en lo íntimo de su ser, vedado a la profanación, de la curiosidad indiscreta.

La vemos demasiado recogida en su ausencia, como esquivando la efusión patriótica en su gloria universal. Respetemos su dignidad orgullosa, y admirémosla en sus creaciones, porque a través de ellas sí que la vemos íntegra, con estatura ennoblecida y egregia.

¿Valdrá la pena que se diga algo de su tránsito por el mundo material, que no sea repetición de lo que tanto se ha dicho? Eruditos y críticos han hurgado en su existir doméstico y desentrañado el contenido vivencial de sus versos. No obstante, detengámonos en su vida y en su obra.

Siempre es conveniente subrayar—con la emoción tensa—las bellezas artísticas que nos sacan del torvo prosaísmo cotidiano, para purificar el espíritu.

Nació Lucila Godoy Alcayaga, el 6 (otros dicen el 7) de abril de 1889, en Vicuña, ciudad del valle de Elqui, «olorosa a tierra», dice ella. Allí transcurrió su infancia hasta 1901. De la más pura cepa criolla, los resabios hispánicos—vascos—le han dado esa calidad recia de las razas fuertes, aumentada en ella por un oculto ancestro hebreo:

«Yo nací de una carne tajada  
en el rincón de Israel...»

Acaso por ello su fervor bíblico.

Su padre, don Jerónimo Godoy Villanueva, versificaba con fluidez de payador en que rebrotara el primitivismo poético de los juglares. Pronto abandona el

hogar, y en la niña queda el vago recuerdo de ese hombre silencioso y soñador. Su madre, doña Petronila Alcaayaga, poseía ese señorío que con tanta dignidad sobrelleva la hija.

Autodidacta, Gabriela Mistral cultivó su espíritu en la inquietud indisciplinada de quien bucea en cuanto cae bajo sus ojos ganosos de luces y de caminos. Sus primeras lecturas, seguramente, fueron de autores de segundo orden, que ella leía impulsada por sus ansias de evasión. Y es explicable que las pedrerías falsas de Vargas Vila la hayan encandilado. Cuando poco o nada se ha leído, todavía no se sabe distinguir entre el oro y el oropel. Pronto sus lecturas fueron seleccionándose de acuerdo con su personal aptitud. Y fué la Biblia su libro favorito, después los rusos, Rabindranath Tagore, Amado Nervo... y más adelante Romain Rolland. Confiesa no haberse formado dentro de las claras disciplinas de los clásicos grecorromanos. Tal vez ellos le imponían cierta rigidez expresiva y conceptual que no se acomodaba con el impulso instintivo de su espíritu creador. Lo apolíneo estaba reñido con su naturaleza anímica, si bien lo dionisiaco se daba entre los griegos con arrebatos instintivos y desproporcionados. Pero ella prefirió la Biblia porque allí está su alma con el fuego de la pasión abrasadora, y admiró a los escritores rusos porque es en el misterio subterráneo de sus novelas que se protagoniza el drama de los seres que tratan de expresarse con la ilógica de la constante contradicción humana. Después le atraieron

el poeta hindú, por la ternura de su poesía de acento sobrenatural; Amado Nervo, por sus desbordes sentimentales, y Romain Rolland, por su laica actitud evangelizadora.

Del oriente concentrado e intensamente pasional a la América primitiva y bárbara, el tránsito cultural de Gabriela Mistral se refleja fielmente en su estilo de un vigor expresivo impar, desafinado a veces, de léxico de su personal formación, de acento vital inconfundible e intransferible.

Maestra por vocación irrenunciable, lo ha sido de primeras letras y de segunda enseñanza, siendo, además, directora de los Liceos de Niñas de Punta Arenas, Temuco y N.º 6 de Santiago, Cónsul en el lugar donde lo desea, deambula por los caminos del mundo, deteniéndose en España, Portugal, Brasil, los Estados Unidos, Italia, en afán de peregrinación por la geografía y la cultura.

Tres fechas señalan sus triunfos literarios.

1914, cuando fué distinguida con una Flor Natural en los Juegos Florales que se celebraron en Santiago el 22 de diciembre de ese año. Entonces sus tres «Sonetos de la Muerte» dieron nacimiento a Gabriela Mistral, ocultando a la modesta maestra Lucila Godoy;

1923, Cuando el Instituto de las Españas de los Estados Unidos publicó su libro «Desolación», en el que recogió toda la producción poética que había diseminados en diarios, revistas y textos, y donde se en-

cuentran las que han merecido juicios consagratorios; y 1945, cuando se le otorga el Premio Nóbel de Literatura.

Sólo en 1951 recibe nuestro Premio Nacional de Literatura, con lo cual se ha querido reparar tardíamente la injustificable postergación a que se le tenía confinada.

Además de «Desolación» ha publicado «Ternura» y «Tala». Tres fechas y tres nombres. Tres hitos que jalonan su tránsito literario. Tres consagraciones que han bastado para su renombre universal en la gloria y en la recompensa a la entrega total de su alma poética.

Como las vertientes de los Andes, recoge ella en su verbo el ímpetu rápido que surge torrentoso de los deshielos, para luego arremansarse en el llano y fecundar las tierras pobres y alcanzar la serenidad profunda al perderse en la inmensidad oceánica.

Nos transmitió en sus primeras poesías la angustia de su dolor íntimo, la tragedia de su amor frustrado y para ello hubo de recurrir a un lenguaje inusitado, con palabras lancinantes, en un grito lírico de clemencia y amparo. Su ritmo no era el de la orquestación rubendariana. Aspero, violento, crispado, con estridencias súbitas, como la visión dispareja de su tierra de Elqui, montaña y valle. Contraste de luces y sombras. Aridez en las alturas y fecundidad en el llano. En esas poesías palpita el espíritu ancestral de esta América turbulenta que aun se resiste a la armonía serena

de lo clásico. Por eso el asombro se hizo en torno suyo. La negaron los académicos, no entusiasmó a los refinados que hacen del verso filigranas de ricas pedrerías musicales. Eran sus versos de entonces mineral de altísima ley apenas desbastado. Boscaje y lianas donde el sendero estaba solo marcado por la huella del peregrino. Contagió con ellos de entusiasmo patético a todas las mujeres que funden su ser en ansias de maternidad. Y «Los sonetos de la muerte», «El Nocturno», «El Ruego», «Poema del hijo» e «Interrogaciones», es el breviario de aquellas que se sienten identificadas con la poetisa en sus tribulaciones.

Ninguna mujer como ella había cantado con tan rotunda sinceridad al sensualismo de la carne mortal, inmortalizada en las entrañas fecundas:

«¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo y mío, allá en los días del éxtasis ardiente en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente.

.....

Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;  
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,  
y mis entrañas como perfume derramado  
ungiendo con su marcha las colinas del mundo».

¡Cómo escandalizaron estos versos a la hipocresía pudibunda! Llegó a pensarse que lo que era ficción

poética correspondía a una realidad indecorosa y desvergonzada. Y la leyenda del suicidio del modesto empleado ferroviario ha ido corriendo de boca en boca, hasta la inoficiosa búsqueda erudita. Felizmente al arte no interesa la verdad objetiva, comprobada y evidente, sino la artística y emotiva hecha verdad por el milagro de la intuición, como esa de Gabriela en los versos que hemos citado.

La soledad y el dolor de su corazón no han curvado su espíritu ni anemizado su carne perecedera. Por el contrario, permanece enteriza como aquella de su soneto «La mujer fuerte», nutrida de savias rurales:

«Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días,  
mujer de sayal azul y de tostada frente,  
que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía  
vi abrir el surco negro en un Abril ardiente.

Alzaba en la taberna, ebrio, la copa impura  
el que te apegó un hijo al pecho de azucena,  
y bajo ese recuerdo, que te era quemadura,  
caía la simiente de tu mano, serena.

Segar te vi en enero, los trigos de tu hijo,  
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,  
agrandados al par de maravilla y llano.

Y el lodo de tus pies todavía besara,  
porque entre cien mundanas no he encontrado tu cara  
¡y aun tu sombra en los surcos la sigo con mi canto!»

El tiempo quietó su alma en el mediodía de su existencia, como aguas en el remanso llanero:

«Ya en la mitad de mis días espigo  
esta verdad con frescura de flor:  
la vida es oro y dulzura de trigo,  
es breve el odio e inmenso el amor».

Y su poesía se sublimó en un mensaje de amor a los niños en cantos de goce inocente, suavizado el ritmo para hacer vibrar la pureza de su espíritu en el corro de alegría. La madre que no pudo ser, canta ahora para todos los niños de la tierra «rondas de corazones enlazados, bajo el signo piadoso de «Ternura».

Ya no la mujer herida en sus entrañas, sino la maestra, que lo es por sentirse madre, aligera el verso, suaviza las palabras y canta con ritmo alado. Ella se sabe maestra por sobre todo, y lo dice con altitud evangélica, y lo escribe con sangre de su propia sangre, doblemente maestra, por vocación y por profesión:

«¡Dulce ser! En su río. En su río de mieles, caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor!  
Los hierros que le abrieron el pecho generoso  
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!»

En «La oración de la maestra» diafaniza en la prosa su fervor docente: «Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este

impuro deseo de justicia que aun me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incompreensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé».

Junto a las «rondas» surgieron sus «apólogos poe-  
máticos», en los que disimula la intención moralizado-  
ra con una fábula amena de la cual se desprende sutil-  
mente la enseñanza, en prosa llana, sin los rebusca-  
mientos léxicográficos y expresivos tan típicos de su  
estilo. «Por qué las cañas son huecas», «Por qué las  
rosas tienen espinas», «La raíz del rosal», «El cardo»  
y «La charca» han moldeado a nuestros escolares con  
más belleza y profundidad que muchas lecciones de  
sistemático rigor pedagógico.

Aun cuando su poesía es un constante mirarse a sí  
misma, no por ello se ha sustraído de la naturaleza.  
Ha cantado al árbol, a las nubes, a la lluvia, a la  
montaña, a las estrellas, tiñéndolos con su personal vi-  
sión desolada de la vida y las cosas. Así en «Arbol  
muerto», «Tres árboles», «El espino», etc.

La vehemencia lírica de «Los sonetos de la muer-  
te», de «El nocturno», de «El ruego», y la voz enron-  
quecida de amor de su mensaje a los niños ha ido com-  
plicándose en un conceptismo nebuloso y en un culte-  
ranismo enrevesado, trasunto de un estado de sublima-  
ción de lo tangible humano, para aproximarse a lo  
grandioso divino e imponderable. Así, en varias com-  
posiciones de «Tala», en que adentra en las profundi-  
dades del ser proyectándose en lo cósmico insondable.

Ya en «Desolación» supimos de su exaltación religiosa lindante con el éxtasis. Misticismo y panteísmo fundidos en una misma realidad poética.

Al lado del poeta que muestra sus heridas enronchadas, o que afina el tono para cantar a los niños, o que profundiza el acento para implorar justicia divina, está la mujer en generosa actitud de sembradora, que vive la hora agónica del mundo actual, que clama redención para los desamparados, que pide paz entre los hombres. Por eso siempre ella ha proclamado los ideales más puros y justos. Y reivindica para sí el fervorosamente noble calificativo de «maestra», en oración profana a Aquél cuyas palabras y enseñanzas parecen olvidadas: «¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que tú lleves-te por la Tierra!».

Al inaugurar en nombre de la Universidad de Chile esta Escuela de Temporada, creo interpretar fielmente el pensamiento del Rector de la Universidad, don Juvenal Hernández y de la Directora de la Escuela, señora Amanda Labarca, invocando el espíritu de nuestra Poetisa Máxima y repitiendo estas palabras tuyas que inspirarán nuestra labor docente: «Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en su lección cotidiana. Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillo. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena vo-

luntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas. Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor».